



EL ETÍOPE EUNUCO

UN PEREGRINO PERDIDO

Su devoción

El peregrino se dirigía por las calles congestionadas de personas devotas. A pesar de su cansancio, por los casi 4000 kilómetros recorridos, el entusiasmo y la emoción lo impulsaban a seguir. Varios días antes había salido de Etiopía decidido a llegar al sitio más consagrado de su religión, el templo en Jerusalén (Hechos 8.26-40).

Su decepción

Pronto el peregrino se encontraría con los que vendían ovejas, palomas, tal vez hasta becerros, que se ofrecían según los rituales de la religión que practicaba. Por supuesto, se acercaría todo lo posible al templo, donde tal vez apreciaría a los sacerdotes, vestidos con sus vestimentas religiosas. Sin duda, el eunuco se habría emocionado mucho al ver todo lo que la religión ofrecía.

Antes de regresar, el eunuco consiguió una copia de la profecía de Isaías. Ahora, con el pergamino en mano, el peregrino emprende su largo viaje a casa. Había tenido una experiencia religiosa, pero parece que regresaba decepcionado porque volvía tal como había salido: sin la salvación, sin el perdón de pecados, y sin paz con Dios.

Su descubrimiento

De regreso, leía en voz alta estas palabras: “Como oveja a la muerte fue llevado; y como cordero mudo delante del que lo trasquila, así no abrió su boca” (Hechos 8.32). De repente se le acerca Felipe, el predicador enviado por Dios. Previamente el eunuco había leído: “Venid luego, dice Jehová, y estemos a cuenta: si vuestros pecados fueren como la grana, como la nieve serán emblanquecidos; si fueren rojos como el carmesí, vendrán a ser como blanca lana” (Isaías 1.18), y habría entendido que Dios busca al pecador para resolver el problema de su pecado.

Su deleite

Ahora al peregrino le surge una pregunta en cuanto a la persona que sufría en Isaías 53: ¿hablaba el profeta de sí mismo o de otro? Al responderle, Felipe le anuncia el Evangelio de Jesús (Hechos 8.35). No le mencionó una religión, ni le recitó ciertos pasos para ser salvo. Tampoco le platicó de ritos ni de sacramentos, sino sólo le habló de Jesucristo. Felipe le explicó que cuando el profeta Isaías dijo: “Él herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados; el castigo de nuestra paz fue sobre él, y por su llaga fuimos nosotros cura-

dos” (Isaías 53.5), hablaba de lo que el Señor Jesucristo sufrió en la cruz por nuestros pecados. El predicador le habrá explicado que fue el plan de Dios sujetar al Señor Jesucristo a padecimiento por los pecados de los pecadores, para que los pecadores pudieran creer en Jesucristo para tener la salvación. Imagínese cómo el corazón del eunuco se habrá llenado de paz y contentamiento al darse cuenta de todo lo que el Señor Jesucristo había sufrido por él, un pobre peregrino perdido. Para el eunuco sería un día inolvidable, el día en el cual conoció a Jesucristo como su Salvador.

¿Qué de usted? ¿Se encuentra decepcionado de la religión? ¿Vacío? ¿Se ha sacrificado mucho, sin obtener la paz que busca? Solo Jesucristo puede satisfacer su corazón y salvarlo del pecado.

Jasón Wahls



Publicaciones Pescadores
publicacionespescadores@gmail.com